

I

Se quedó junto a la tapia, encaladita ella,
calladito él, pintando para ti rojas estrellas,
con otros hombres, pintando lunas y flores reventonas;
las besarán los pájaros cuando el sol se ponga.
Dijo que te cuente que un pintor de batallas
pintará un candil de luz y caballitos,
a mamás sin niños, a niños sin nanas.
Dijo que te cuente que hay doctores buenos,
que reparten vida sobre ruedas,
que se desviven de un lado a otro en la carretera.
Dijo que crezcas bien hombre, bien fuerte,
que no olvides nunca su cara y su beso en la frente.
Dijo que te cases con la más risueña,
la que borre las penas, que eso hizo él y se alegra.

II

Me acurruco entre tus montes
al arrullo de tus tapias blancas de jazmín;
entre bandadas de palomas al vuelo
de canciones sin rejas, me mecías
con la promesa maestra de saberes
de un mundo libre por aprender.
Es tu manto tricolor, claveles
clavados en tus labios, sabores a bienmesabe,
a bien me quiere, a bien nos viene...
Bien me huele el mar de tus ojos,
cántaros que asalto en tu escote
a la sombra de olivos y palmeras,
trazo de versos y pinceles
con la plata de los panes y los peces,
hoy del sur, mañana árbol al norte,
lienzo y grito en blanco y negro siempre.

Por donde venía el vino,

por la ruta de los faros y los ingleses,
corres hoy conmigo día y noche
bajo graznidos de fuego,
jerigonza de cobardes que desbordan muerte
por tierra, mar y aire.

Dime madre si seguimos vivos;
tú ya no lloras, ya no sangras,
ya no andas,
sólo me amamantas
y es un haz de luz intermitente que se apaga,
en esta curva del camino,
testigo de tu última entrega
derramada sobre un niño.

Hoy mi nieta lleva tu nombre;
que nadie lo toque, que nadie lo borre.